

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): ***Brotará un renuevo.***

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): ***«Que en sus días florezca la justicia»***

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): ***Te alabaré en medio de los gentiles.***

Evangelio (Mateo 3, 1-12): ***Allanad sus senderos.***

El tiempo navideño se desliza hoy en la tensión entre armonía familiar y religiosidad difusa, presión consumista y recuerdos nostálgicos de la infancia. El Adviento comercial comenzó ya hace unas semanas y es visible en nuestras calles. Se escucha música de Navidad y se ve a Papá Noel, una atracción para los niños pequeños y grandes. El Adviento parece un mercado anual. Las gentes se apresuran en los comercios y compran un auténtico caos de productos, (carnes, pescados, dulces, juguetes, regalos...). Pronto uno no se entera de nada, tan confuso es todo.

La mentalidad de consumir está hoy agudizada por una escalada de publicidad (¡debes tomar esto para estar sano!; ¡tienes que tener esto para ser feliz!; ¡tienes que comer esto y poseer aquello, para pertenecer al grupo de personas especiales!). Queremos tener cada vez más, usar cada vez más, cambiar cada vez más pronto lo viejo por lo nuevo que presumimos es mejor. Lo viejo, aunque funcione, ya no sirve.

El estado de ánimo de los cristianos frente a estos fenómenos a menudo está un poco dividido. Nos sentimos obligados a protestar frente a este secuestro y falsificación del misterio navideño; nos indignamos de que el misterio de Dios se haya degradado a un medio de aumentar la cifra de ventas y de hacer negocio.

Pero no vamos sólo a elevar el canto de las lamentaciones, ni cerrarnos a la alegría que brota de las luces y los sonidos, de los recuerdos y expectativas y de los rostros de nuestros niños. En efecto, no debemos aplicar nuestro celo profético en un lugar equivocado, sino preguntar primero por lo que es bueno para luego, sensatamente, podernos defender de lo que queda nocivo.

Así, podremos actuar desde dentro en el restablecimiento de nuestro tiempo y de nuestra sociedad. Debemos mantener o aprender de nuevo a regalar, sin ahogarnos en las compras; debemos recibir y aceptar las músicas y canciones para superar nuestro falso pragmatismo y llegar a ser hombres de corazón abierto; debemos aprender de los niños sencillez y alegría y así comprender el mensaje de Dios, cuya grandeza se abre precisamente a los pequeños que no se consideran demasiado inteligentes para poder adorar.

Predicar en el desierto significa corrientemente que no te escucha nadie, porque el desierto evoca una región deshabitada, sin vida. El desierto en la historia de Israel juega un papel importante. Los hebreos permanecieron 40 años en el desierto, llevando una vida nómada. Allí toman conciencia de ser el pueblo de Dios y llegan a ser una nación con una religión. Allí experimentaron la fidelidad de Dios a través del maná, del agua, de la columna que los guiaba. El desierto, por tanto, no es sólo la soledad, es también el lugar de la alianza. El desierto es lugar de encuentro con un Dios, que viene del Sinaí a través del desierto para ayudarles. El desierto es el camino de la Tierra Prometida.

Juan se retiró al desierto de Judá, pero también predicó en el valle del Jordán, al que no le falta agua. Siempre los profetas han amonestado al pueblo. Con el Bautista esta amonestación se hace más aguda. Todos tienen que convertirse, no sólo los pecadores notorios y los paganos, sino precisamente los piadosos que creen no necesitar la conversión. Todos estamos siempre dispuestos a empezar con los demás y a tener consideración con nosotros, tentados a ver la paja en el ojo del hermano y a pasar por alto la viga en el propio ojo.

No olvidemos que los fariseos eran la gente religiosa de aquel tiempo y precisamente ellos son excluidos del Reino de Dios. Nadie puede prescindir de la conversión. Atañe a cada uno y se refiere a la vida entera. La conversión afecta al hombre completo: su conducta en todo tiempo y lugar, sus pensamientos, palabras y obras. Hay que convertirse cada día.

Juan hace suyas las palabras que Isaías, otra de las figuras que la Iglesia nos presenta en Adviento, había dirigido a los desterrados en Babilonia: ***«Una voz grita: Abrid caminos a Yahvé en el desierto, allanad en la soledad camino a vuestro Dios. Que se rellenen todos los valles y se rebajen todos los montes y collados, que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. Porque va a mostrarse la gloria de Yahvé y a una la verá toda carne. Ha hablado la boca de Yahvé».*** Vamos en Adviento a preparar los caminos para la venida del Señor. Nada de exquisiteces. Dice el Señor: ***«Romper las ataduras de la iniquidad, deshacer los yugos opresores y dejar libres a los oprimidos; partir tu pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano».***

Preparad el camino al Señor es un programa de reforma para nosotros. **¿Dónde están mis valles?** Los valles son mis omisiones: como soy de fe débil, de amor vacío, de esperanza pobre. **¿Dónde mis montañas?** Éstas son mis transgresiones, mis pasiones, la soberbia de mi vida. **¿Dónde los caminos torcidos?** Nivelar las montañas de mi orgullo y de mi desprecio al prójimo, las colinas de mi vanidad, rectificar los senderos tortuosos de mi ambición y de mi envidia, allanad los caminos de mi interés.